

EL ABECEDARIO

Dedicado a mi tía M^a Carmen Hernández

A los tres años, cuando me preguntaban qué quería ser de mayor, yo gritaba entusiasmada: —¡Quiero ser la basura más grande del reino!

A veces, los adultos me corregían:

—Querrás decir la princesa más guapa del reino.

—¡No, no! —respondía yo entonces—. Ba-su-ra. Quiero ser la ba-su-ra real —no entendía por qué no lo celebraban, como sí lo hacían cuando mi hermano decía que quería ser astronauta.

Mis padres solían interrumpir y decir aquello de "cosas de niños, ya sabes", que tanto me molestaba. Y, además, lo decían con una sonrisa en la cara muy mal dibujada. Rápidamente cambiaban de tema. O, con suerte, me daban papel y lápiz para que me distrajera. Así, podía dibujar bolsas de basura con enormes sonrisas, que no estaban torcidas ni mal recortadas como las de los mayores.

Para el pesar de mi madre, aquella idea de ser una basura no menguó con los años. Más bien, se reforzó con el paso del tiempo, como cuando dejas el pan fuera y se pone increíblemente duro.

*

A los seis años, cogí la costumbre de darle un abrazo todos los días a la bolsa de basura de casa antes de que se la llevaran al cubo de fuera. Este hábito mermaba la paciencia de mi madre, quien me hizo jurar que no volvería a abrazar la basura, o se me caerían las manos y no podría dibujar, ni jugar a la pelota, ni comer chocolate.

Recuerdo que me puso muy triste no poder abrazar a la basura antes de que se la llevaran nunca más. Incluso sentía cierta responsabilidad: la iba viendo crecer durante un largo día, y había observado cómo se llenaba. Antes de su gran viaje me habría gustado, al menos, poder despedirme y darle un último abrazo.

Para que mi madre no se enfadase (y con cierto miedo a que se me cayesen las manos), estuve pensando y pensando, hasta que se me ocurrió un plan: Darle un abrazo a la basura estaba prohibido, pero yo quería despedirme. Y así es como ejecuté mi idea: Todos los días me asomaba por la ventana cuando recogían la basura y, entonces, cerraba los ojos muy fuerte y

me abrazaba a mí misma, mandándole un abrazo telepático a la bolsa, como si tuviese los superpoderes de los superhéroes de la tele.

A mi padre le parecía gracioso. Cuando se escuchaba al camión de la basura doblar la calle, él solía pedir a mi hermano y a mi madre, con mucha seriedad, que no hiciesen ruido, para que no hubiese interferencias y mi abrazo telepático llegase al cien por cien a su destinatario final.

*

A los diez años pedí ir disfrazada de basura al concurso de disfraces del colegio. Mi madre estalló:

—¡No puede querer ir de hada, de payaso, de cebra! —La escuché decirle a mi padre, a través de la puerta de la cocina—. Cualquiera cosa me valdría. Te prometo... te prometo que yo misma le cosería un disfraz de camaleón con todo mi amor si la niña me lo pidiese. Pero no, no, ella quiere ir de basura. Por Dios... ¿qué estamos haciendo mal, Juan?

Mientras ella hablaba, él permanecía en silencio y se tomaba lentamente su medicina. Ese día, mi padre recién llegaba de trabajar. En esa época, tenía mucho trabajo y solía llegar tarde a casa. Cuando él entraba, nosotros ya habíamos cenado y le esperábamos viendo la tele en pijama. Siempre que llegaba a esa hora, que cada vez era más a menudo, nos traía unos chupachups a mi hermano y a mí, y nos levantaba en brazos y jugaba con nosotros. Mi hermano y yo éramos muy felices en ese momento, pero nuestra madre no parecía serlo tanto.

Ella observaba con los brazos en jarra y se quejaba de la hora y del olor de su aliento. —Juan, esto no puede seguir así —decía.

Creo que fue más o menos cuando lo del aliento que mi padre dejó de darle besos en la boca a mi madre. Supongo que si te dicen todo el rato que te huele mal la boca, ya no quieres darle besos a esa persona. O quizás dejó de dárselos antes. La verdad es que no lo sé. De todas formas, nunca entendí bien por qué mi madre se quejaba del olor, si siempre olía a la medicina que tomaba. Él no montaba líos como nosotros cuando nos tocaba tomar medicinas asquerosas y huíamos. A nosotros había que encontrarnos y obligarnos: mi padre, en cambio, tenía que esconderse para tomar la suya.

El caso es que mi madre no me dejó disfrazarme de basura ese año. En cambio, me compró el disfraz de princesa más caro que vendían en la tienda de disfraces más cara de la ciudad, el que todas mis compañeras de clase soñaban con tener. Era un vestido rosa con cosas rosas, con

unos guantes largos —rosas— para las manos y tacones a juego, y, para el pelo, una tiara que brillaba como la luna llena y tenía pequeños brillantes en forma de diamante que resplandecían como estrellas.

Ese día, en el cole, lloré mucho. Mucho, mucho, mucho. Más que cuando el abuelo se fue para reunirse con la abuela. Más que cuando papá se tuvo que ir de repente a China a trabajar.

Cuando entré en el colegio con el disfraz de princesa, todos los ojos se giraron de repente hacia mí. Primero, se hizo silencio, un silencio raro, como una hache sin ninguna ce delante. Pero, además, después de la hache solitaria, vino la i de los insultos, y después la jota de sus *ja-jás*. Sus jotas se repartían por la ka de kilos y pesaban mucho. Y ahí el abecedario se quedó pillado y entró en bucle: ya solo había íes de insultos y jotas de *ja-jás* sin parar, y yo acumulaba cada vez más kilos de íes y de jotas en mi rosa espalda.

De repente, el abecedario explotó: por la ele brotaron mis lágrimas, que pronto se transformaron en un llanto profundo, mientras sonaban las íes y las jotas en kilos... Y, en ese momento, yo solo podía sentirme traicionada por la eme de mamá...

*

Fue pasando el tiempo. No se volvió a hablar de la basura en casa. El camión hacía su ruta sin abrazos. Los años iban pasando y el abecedario hacía tiempo que no entraba en bucles extraños, aunque lo cierto es que la letra eme se me atragantaba a veces. Había días que, cuando viajaba, taciturna, en el metro de vuelta de la universidad, o cuando pasaba por delante de alguna tienda de disfraces, la eme empezaba a bailotear, me temblaba el párpado, se me secaba la boca, hiperventilaba...

—Le estoy preguntando que en qué fecha ocupa China su asiento en la ONU, señorita.

El párpado me tiembla tan fuerte que parece un cohete a punto de despegar.

"La eme y la pe son amigas", recuerdo que decía mi profesora de primaria, "y la ene se transforma en eme cuando está delante de la pe".

Yo lo memorizaba, pero no lo entendía. Me parecía que estaba todo más bien del revés... Si la eme y la pe son amigas, ¿por qué mamá y papá no son amigos? ¿O la eme es medicina y la pe es papá? Y entonces, ¿dónde queda en todo esto mamá?

—Por última vez, le estoy preguntando en qué fecha ocupa China su asiento en la ONU, señorita.

Sí era cierto que mamá se transformaba delante de papá. Pero la N no era el inicio, era el final. La ene era la nada: como papá y China, como el abuelo y la abuela.

La nada venía después de la hache que no suena, y de la i de los insultos, y de la jota de los *ja-jás*, la ka de kilos, y por la ele las lágrimas y el llanto... y por la eme, mamá... Y por la ene, la nada. ¿O la ene era de nosotros y no de la nada? De cualquier manera, daba igual.

Nosotros navegábamos en esa o entre mamá y papá, ese océano, esa nada. Nunca he sabido si, después de mamá y de nosotros, atravesando la o del océano, por la pe, finalmente vendrá papá.

*

Pasaron los años. Cada mañana, antes de ir a la universidad, me ponía el disfraz que mi madre había cosido con tanto esmero para mí: El de camaleón, que mi madre cosió durante once meses. Me lo puse al año siguiente en el concurso de disfraces y gané, y ya nunca más me lo quité.

“¡Qué original!” – me decían.

“Parece tu propia piel” – escuché más de una vez.

Aunque por fuera pareciese abrigado, por dentro siempre se sentía frío, como en una casa deshabitada.

—Señorita, la invito a marcharse del aula.

—Menos mal —pensé. ¿O lo dije? No lo sé.

Recogí mis cosas con más alivio que vergüenza, y salí de la clase. Era invierno. A pesar del suspenso que acababa de recoger, de la soledad de las basuras de casa, y de esa piel escamosa que ya no distinguía de la mía, seguía haciendo más frío dentro que fuera del disfraz.

Me senté en un pupitre de un aula vacía. Saqué papel y lápiz dispuesta a resolver mi vida. Entonces, me di cuenta: me di cuenta de que mi sonrisa también se había torcido, como la de los adultos. De que mi padre nunca estuvo enfermo ni se fue a China. De que mi madre realmente no se habría conformado con un hada o un payaso o una cebrá, como decía. Y lo más importante: yo ya no quería seguir siendo un camaleón por miedo al abecedario.

—Lo siento, mamá. Hasta la vista, papá.

Lancé el disfraz tan lejos, tan fuerte, que mi hermano el astronauta debió verlo descomponerse por la atmósfera.

Atmósfera. A. Primera letra, como en un buen segundo comienzo: sin miedo al abecedario. La *Basura* del reino había vuelto, para no ser *Callada* nunca más.